

CAPITULO III.

Don Francisco de Montejo.—Su viaje á España en favor de Hernan Cortés.—Lucha con el Obispo Fonseca.

Como hemos visto, el reverendo padre Fray Julián Garcés había sido nombrado obispo de Yucatán, y Diego Velásquez, adelantado y gobernador vitalicio, con diversos privilegios, exenciones y honores; mas, como si la suerte de este último fuese estar condenado á no recojer los frutos de las concesiones que con harto trabajo alcanzaba, sucedió que, á raíz de nombrado adelantado de Yucatán, llegó á España quien había de sustituirlo en este título, y quien, con mejor fortuna, había de vincular su nombre perennalmente con Yucatán.

En Octubre de 1519, llegaba de Veracruz á San Lúcar de Barrameda, Francisco de Montejo, con poder del ayuntamiento de la Villa Rica de Veracruz, para gestionar que el Rey confirmase á Hernan Cortés en el mando supremo de la expedición de México, y que revocase cualesquiera concesiones hechas á Velásquez.

Montejo era el adversario de Velásquez, y adversario con fortuna, porque había de vencerlo no sólo en sus pretensiones de relevar y castigar á Cortés, sino también en su proyectada colonización y gobierno de Yucatán. Hernan Cortés, tan valiente capitán como sagaz político, no se había equi-

vocado al poner los ojos en Montejo para hacer valer sus derechos y sacar triunfantes sus intereses en la Corte.

Francisco de Montejo había nacido en Salamanca casi en las malvas, pues sus padres, si no estaban en la indigencia, eran bastante pobres. Provenía de una familia humilde de la villa de Montejo, en la diócesis de Segovia. Debió nacer Don Francisco, á fines del siglo XV, dotado por la naturaleza de genio inquieto y aventurero, pues en 1514 se alistó en la expedición de Pedrarias Dávila, y figuró en ella como soldado. En esta condición estuvo en el Darién, y, cuando Diego Velásquez emprendió sojuzgar la isla de Cuba, se trasladó á esta isla, en donde, por sus méritos y servicios, adquirió el prestigio de excelente guerrero y capitán insigne. Con este caracter le hemos visto, en la expedición de Grijalva, y luego tomar parte principal en la armada de Cortés.

Al aportar Montejo á las playas españolas, en 1519, tendría como 35 años. Era de mediana talla, de fuerte y robusta musculatura, de corazón atrevido, de alma intrépida y constante, y al mismo tiempo de sereno juicio, de caracter alegre y festivo. Jovial y franco con sus amigos, adivinaba las intenciones de sus enemigos, y se ponía en guardia contra ellas, sin mucho escrúpulo en la elección de los medios. De fácil elocución, avezado al trato social, versadísimo en los negocios, y conocedor de los resortes que mueven á la humanidad, preparaba diestramente sus caminos, combinaba perfectamente una intriga, y no era remiso en el trabajo. Sobre las cualidades del guerrero, sobresalían en él las

aptitudes del diplomático y del hombre de negocios. Sabía tratar á toda clase de gentes, y, penetrante y sagaz, á la par que ponía los medios para hacer triunfar los asuntos que tomaba bajo su patrocinio, deshacía diestramente las tramas de los adversarios.

Llegó á España en tiempos nada propicios á la causa que defendía, pues el obispo de Burgos, Don Juan Rodríguez Fonseca, el tenaz adversario de los hombres ilustres del siglo XVI, acababa de cimentar de nuevo su influencia política. Tenía en contra, pues, esta grande palanca: el obispo Fonseca favorecía abiertamente á Diego Velásquez, y no hacía misterio de su parcialidad. De caracter franco y decidido este estadista, favorecía descaradamente á sus amigos, y no daba tregua á sus enemigos. Con esta índole, y la prolongada duración de su poder, había llegado á formarse una corte de amigos y paniaguados en España y en las Indias: á todos los protegía, y entre sus criaturas no era el menos favorecido Diego Velásquez.

No poca sorpresa tuvo Montejo al enterarse del estado de los negocios públicos; y no había apaciguado sus temores, cuando tuvo la muestra patente é inmediata de la mala situación en que estaba él y la causa á cuyo servicio se había consagrado. Con el ansia de dar principio al desempeño de su comisión, se trasladó sin demora á Sevilla; pero aquí se encontró con el Padre Benito Martín preparándose á embarcarse para Cuba, lleno de regocijo con el éxito tan perfecto que había alcanzado en sus pretensiones. Tenía prisa por comunicar las faustas nuevas á Velásquez; pero, al saber la lle-

gada de los mensajeros de Cortés, no quiso darse á la vela, sin oponerles algún obstáculo, y se puso en movimiento para contrariarlos.

Fuése á los empleados superiores de la casa de contratación de Sevilla, y, con el mayor ardor, denunció á Montejo y á sus compañeros como rebeldes que venían en representación de otros jéfes sublevados contra la autoridad real. Persuadía, con apremiantes razones y argumentos, que el representante de la autoridad real, en Cuba, Yucatán y Santa María de los Remedios, no era otro sino Velásquez; mostrábales las cartas patentes, privilegios y capitulaciones recientemente celebradas, en que el Rey nombró á Velásquez por gobernador y adelantado de Yucatán; contábales en detalle, y con vivos colores, la perfidia de Cortés alzándose con la armada que le confiara Velásquez, y negando á éste la obediencia y acatamiento que por derecho y deber, á juicio del Padre Martín, le debía; y de allí venía á concluir que, pues Velásquez era el representante de la autoridad real, Cortés y sus secuaces rebelados contra Velásquez debían considerarse, sin asomo de duda, como rebeldes á su rey y señor natural, y dignos de ser ahorcados.

Los empleados superiores de la casa de contratación no requerían tanto vigor de razonamiento para excitar su celo; sabían demasiado la protección que el presidente del Consejo de las Indias dispensaba á Velásquez, y, sin demorarse en consultas, mandaron secuestrar provisionalmente todos los géneros ó mercancías que Montejo había traído de Veracruz, con la sola excepción del presente dedicado al Rey. Milagro fué que no pusiesen

presos á los mismos mensajeros, y que no decomisasen el buque.

Por fortuna, no se atrevieron á tanto; los mensajeros quedaron libres y enojados, pero no abatidos; pudieron sin estorbo, pasar á Medellín á conferenciar con Don Martín Cortés, padre del conquistador de México, quien, como hidalgo viejo y acomodado, vivía tranquilamente en su casa. Parece que al buen anciano no le faltaban alientos, á pesar de su vejez, porque apenas supo las intrigas del padre Benito Martín, acordó ir, en compañía de los mensajeros, á encontrarse con el Rey, y contarle lo sucedido, para que le pusiese remedio. Sin demora, partieron hasta Barcelona, porque supieron que el rey Don Carlos debía salir en breve de allí, con ánimo de embarcarse, en la Coruña, para Flandes.

Era así, en verdad, y por más prisa que se dieron, en el camino de Barcelona supieron que el Rey ya se había ido á Burgos. No se desanimaron por este contratiempo, y, ganando momentos, se trasladaron á Tordecillas, por donde el Rey necesariamente había de pasar.

Tanta diligencia no era excusada, porque ya los partidarios de Velásquez habían comunicado la llegada de Francisco de Montejo al obispo Don Juan Rodríguez de Fonseca, y éste, aunque separado momentáneamente del lado del Rey, para vigilar personalmente el apresto de los buques que debían llevarle á Flandes, no desaprovechó el tiempo, y ya había escrito á Don Carlos una carta, pintando con negros colores la conducta de Cortés, y encareciendo la necesidad de que tan extraordinario atrevimiento y osadía no quedase sin castigo.

Como esperaban los enviados de Cortés, el Rey Don Carlos, antes de partir á la Coruña, quiso visitar en Tordesillas, á su madre Doña Juana, que, por su demencia, allí residía. Esta ocasión aprovecharon diestramente, pues con la poca concurrencia de solicitantes, el Rey pudo recibirlos cómodamente, é informarse con entera libertad de toda la cuestión suscitada entre Velásquez y Cortés. La impresión del Rey fué favorable á éste: se manifestó bien dispuesto en su favor, que siempre encuentra simpatía el hombre intrépido y esforzado, fuera de que el rico presente venido de Veracruz no había dejado de obrar favorablemente. Velásquez, empero, tenía bastante valimiento en la corte, lo cual, unido á la regular tendencia del gobernante de no festinar la resolución de los negocios, produjo que no se pudiese, desde luego, alcanzar el despacho pronto y favorable que tanto ansiaban los mensajeros: se dejó todo para resolver en la Coruña: retardo de mal agüero, porque en la ciudad gallega estaba el principal apoyo de Velásquez.

Así fué, en realidad, pues á pesar de todas sus instancias, en Coruña nada pudieron conseguir, sino una provisión real para que de los bienes secuestrados se les diese, bajo de fianza, lo que hubiesen menester para su decente manutención. Fué bastante alcanzar, porque siquiera esta providencia les permitió permanecer en España por más tiempo, ocupados sin descanso en sacar á flote el negocio que los había llevado. Todos sus pasos, memoriales y diligencias conducentes al logro de su objeto, se estrellaban, sin embargo, en la parcialidad inaudita del obispo de Burgos, que, sin ambages, anduvo

todo el año de 1520, el de 1521, y parte del 1522, protegiendo descaradamente la causa de Velásquez, patrocinada en la corte, entonces, por Manuel de Rojas, Andrés de Duero y Gonzalo de Guzmán.

Se dictaron órdenes severas para que se embargase todo cuanto se trajese de Nueva España, y que á nadie ni nada se permitiese salir para Veracruz. La intención del obispo Fonseca era bien clara: reducir á Cortés al aislamiento, y obligarle, por necesidad, á reconocer la autoridad de Velásquez, valiéndose de todos medios para poner la expedición de México á las órdenes de Velásquez, ó de algún otro partidario suyo. Tenía en contra á los procuradores de Cortés, que no descansaban un punto en su tarea. Habían puesto de abogado al licenciado Céspedes, hábil y entendido jurisconsulto; y en las tertulias, en las audiencias, en los paseos, en las juntas, y en todas las reuniones públicas y particulares, Francisco de Montejo y sus amigos no perdonaban medio de acreditar en la opinión pública á Cortés. Narraban sus hazañas, justificaban sus procederés, y vituperaban la conducta de sus émulos, haciendo resaltar la torpeza de Velásquez en pretender encender la guerra civil, y poner, con esto, á pique de perderse, á todos los españoles comprometidos en la guerra de México. Con esto, el número de los partidarios y defensores de Cortés se aumentaba, y se propagó la creencia de que había mucho de temerario, de injusticia é ingratitude en el tratamiento que el presidente del Consejo de Indias daba á Cortés y á todo lo que á éste concernía.

En vano Fonseca procuraba desprestigiar á

Cortés, llamándole traidor, desobediente; en vano daba carpetazo á todas las representaciones de sus mandatarios; y en vano se afanaba por impedir que gente, armas, mercancías, ó municiones de boca y guerra se llevasen á Veracruz: su misma descarada prevención salvó á Cortés.